

Marcelino Oreja Aguirre, en la toma de posesión de los nuevos académicos: “La Academia arranca desde el respeto a la memoria. Por eso coloca en un escaparate histórico a cien padres de la cultura europea”

Me piden que diga unas palabras en nombre de los nuevos académicos. Lo hago con emoción y responsabilidad. Con la contenida emoción que no puede menos de sentirse en este Monasterio en el que transcurrieron los últimos años de quien transformó hace cinco siglos el mundo. Con la asumida responsabilidad que me confiere el hallarme en presencia de los Reyes



de España y de todos ustedes en una Academia que hoy nos convoca en tan altas tareas, sin más méritos por mi parte que haberme alistado desde mis años juveniles en ese difícil, necesario, ilusionante empeño que es Europa.

Para mí la vida humana es una trama, un quehacer que se organiza en torno a tres palabras: creer, esperar y querer. A las tres acompaña la construcción europea, esa gran aventura colectiva propuesta a nuestros pueblos en la segunda mitad del siglo XX. Su recorrido no ha sido ni lineal ni tranquilo. Hemos conocido etapas de dinamismo y de entusiasmo. Otros de perplejidad y desencanto. Con logros y con fracasos, con avances y con retrocesos pero seguimos en marcha, sigue en pie el proceso que iniciamos.

Un proceso que es posible porque está cimentado en unos valores comunes, aunque en ocasiones se vea oscurecidos por prácticas y comportamientos que fragilizan su existencia. Porque Europa es el ámbito del derecho pero también el imperio de la violencia. Es la generosidad de la entrega desinteresada al ideal y al mismo tiempo, con demasiada frecuencia, el egoísmo del solo provecho propio, individual o colectivo.

Europa es el reino del espíritu y simultáneamente el de la materia. Es mesura y despropósito. Es razón, pero es también sinrazón y caos.

Ese conjunto tan humano, de dimensiones y realidades distinta, contrarias y hasta contradictorias, es Europa. Pero en ese humus, han nacido los derechos humanos, hemos conquistado las hoy irrenunciables libertades. En él ha germinado la Europa moderna que es para mí, sobre todo, una sucesión de tentativas para encontrar la relación ideal entre lo individual y lo colectivo, lo público y lo privado, lo político, lo económico y lo social.

Una Europa que frente a tanta sangre derramada, ha decidido hacer de la tolerancia, la concordia y la solidaridad humana, su signo más distintivo, su propósito más emblemático. Propósito que es incompatible con la apatía, que parece cada vez más generalizada y que nos encierra en nuestros intereses más personales e inmediatos, paraliza nuestra voluntad de acción solidaria. Recordad a Martín Lutero King "lo que me espanta no es la opresión de los malos, sino la indiferencia de los buenos".

Para luchar contra esa apatía y en favor de esa solidaridad nace esta Academia. Que como todas las academias, desde la primera, la que fundó Platón en aquel jardín que según la tradición había pertenecido a Academos, héroe de la Guerra de Troya, no es sino una agregación de personas que creen que la reflexión y el diálogo puede ayudar a responder a interrogantes, a resolver problemas, a mejorar la convivencia de los seres humanos. Esa función genérica de las academias, la nuestra la quiere cumplir en relación con Europa, o para ser más modestos y precisos de lo que nosotros entendemos por Europa, es decir, una utopía en movimiento anclada en la persona humana cuya realización individual es indisociable de su cumplimiento comunitario.

Porque Europa es, antes que los bienes, y mercancías que cruzan sus fronteras, los ideales que inspiraron su creación, y las personas que lo hacen posible.

La Academia arranca desde el respeto a la memoria. Por eso coloca en un escaparate histórico a cien padres de la cultura europea: Bach, Shakespeare, Cervantes, Freud, San Benito, y sienta en sus sillones a cien académicos, los cuales no pertenecen a la misma rama del saber sino que son como la orquesta en la que se escuchan voces distintas y complementarias.

Una Academia que muestra la diversidad y riqueza —uñitas multiplex— de los diferentes pueblos de nuestro Continente. Como dijo Ortega en sus Meditaciones sobre Europa: "muchas abejas y un solo vuelo".

Majestades, Voy a terminar. Permítanme que lo haga invocando a San Benito que da nombre al sillón que me honro desde hoy en ocupar. "Ora et labora". La meditación y la acción, el trabajo y la reflexión son las herramientas capitales de nuestro trabajo, gracias a los cuales queremos contribuir al fortalecimiento y extensión de ese modelo europeo de sociedad que todos los miembros de la Academia Europea de Yuste consideramos decisivo para la paz del mundo, el progreso de sus pueblos y la felicidad de sus ciudadanos.